



Hernán Lara Zavala

El puerto paralelo

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Unas cuantas horas antes, en Buenavista, había temido verlo. Pero no. Lo hubiera reconocido de inmediato por su figura inconfundible: de unos treinta años, siempre vestido de negro con camisa blanca, impecablemente peinado, de nariz larga y recta, sus gafas de arillo y el paraguas a manera de bastón. Mucha gente lo tomaba por sacerdote. Estela compró su boleto, se controló y fingió aplomo. Esperó un rato antes de subirse al tren observando a cada uno de los pasajeros. Sintió un gran alivio cuando dio la hora y decidió abordar.

Llevaba nada más una maleta grande y muy pesada. Había dejado sus libros, sus discos, sus adornos y se había traído sólo lo más elemental y necesario. Caminaba por los pasillos del tren con ojos de angustia: temía encontrárselo. El vagón donde ella se había subido iba lleno. Uno de los empleados cogió su aleta, miró su boleto y la condujo hasta el último vagón, en la última alcoba, que era la que le correspondía. Ese vagón estaba semivacío. Sólo alcanzó a ver una señora con una niña que desde que se acomodó bajó la cama del compartimento.

Estela viaja a Veracruz. Lleva más de dos años estudiando en México, Letras Clásicas, en la Universidad. Una de sus ilusiones al salir de Veracruz había sido, además de estudiar, irse a vivir con Rosario, a la que no veía desde que se casó. Las dos eran primas y crecieron juntas. Se parecían muchísimo, tanto que cuando estaba cada quien por su parte confundían a una con la otra y cuando estaban juntas les cambiaban el nombre a cada rato y terminaban por decir que eran tan igualitas que jurarían que eran gemelas. Las dos eran de ojos grandes y expresivos, de tupidas pestañas, chatitas y de cabello rizado. Estela era más alta. Rosario era de voz más aguda. Las dos llamaban la atención por sus cuerpos acinturados, de caderas estrechas y bien formadas.

En Veracruz siempre anduvieron juntas. Sus pretendientes a menudo tenían que considerar de quién estaban realmente enamorados pues no iba a ningún lado una sin la otra. Estela fue la primera en tener novio pero Rosario se casó antes.

"¿Le acomodo de una vez la cama?", le preguntó el porter. "No gracias", dijo ella, voy a leer un rato". "Entonces déjeme explicarle cómo se coloca para cuando tenga sueño", le dijo el hombre. Ella se quitó la chamarra de gamuza y sacó el libro de su bolsillo. Intentó leer.

¿Cómo fue que la localizó? Él poseía un talento especial, ya se lo había dicho mucha gente, para atraer a chicas con conflictos. Parecía que las olía. Siempre era el mismo tipo: muchachas clase media, jóvenes, guapas, sin mucha experiencia, educadas a la antigua, "burguesitas", como decía él, que tenían algún problema familiar o mostraban alguna inquietud o desazón con respecto a la vida. Ella claro, había cazado perfectamente con el modelo. Provinciana, ingenua, sin familia en la ciudad, descontenta de la situación en que vivía, sola y con necesidad de afecto.

Qué desilusión se llevó Rosario al ver a su prima otra vez. Unos cuantos meses de matrimonio habían dado al traste con ella. Rosario simplemente había dejado de ser la misma. Le dejaron de hacer gracia las que habían sido bromas tradicionales entre ellas, como burlarse secretamente de la gente con la que estaban, sobre todo si se trataba de hombres: de cómo bailaban, sus gestos y defectos más evidentes que una parodiaba para la

otra con el fin de hacerla reír sin que nadie más se diera cuenta del motivo de su risa. A Rosario no le hizo la menor gracia cuando Estela empezó a imitar la manera como Jaime, su marido, estornudaba, o cómo bostezaba cuando veía la televisión o cuando escupía en el baño haciendo unos ruidos asquerosos. Estela dejó de hacer chistes sobre Jaime y cuando quiso hablar en clave Rosario le contestó: "¿Me estás tratando de decir que quieres hablar a solas conmigo o qué? No entiendo por qué me tienes que hablar así delante de Jaime".

"¿Hace mucho que empezó?", la abordó él en el cinedebate del auditorio Che Guevara el domingo en que ella decidió salirse por su lado antes de tener que esperar a que Jaime y Rosario se dignaran a comer. Ella se volvió a mirarlo. A pesar de la oscuridad se dio cuenta de que era un hombre fino. Sus lentes de arillo le daban un toque de seriedad, como si fuera una persona de pensamiento profundo. Como en Veracruz estaba acostumbrada a contestarle a cualquier gente que le hablara, le dijo "No, hace como cinco minutos". se sentó a su lado. "¿No se parece a Debbie Reynolds?", le preguntó él al poco rato refiriéndose a la actriz principal. "No sé, no la conozco", contestó ella sin idea de quién podría ser la actriz aquella. Casi no hablaron. Cuando la película acabó él caminó junto a ella. "¿Te gustó?", preguntó. "Sí", contestó ella. "Pues a mí no tanto". Y entonces le empezó a explicar, con un vocabulario que Estela no lograba entender bien a bien, las razones y los argumentos por los que consideraba que la película no había sido tan buena como lo hubiera deseado. "¿Para dónde vas?", le preguntó él. "A la colonia Roma". "¿Yo también, me das un aventón?" Cuando ella le contestó que no tenía coche él se sintió un tanto confuso. "Vámonos en un pesero". Se bajó en la misma esquina que ella, Insurgentes y Coahuila. El quiso invitarle una café. "Hoy no puedo", le contestó Estela, "mi prima me está esperando". Quiso acompañarla hasta su casa pero Estela se negó. le pidió su teléfono. Para no inventar otra justificación le dio un número falso cambiando intencionalmente el último dígito. Esperó a que se alejara y entonces se dirigió al edificio donde vivía su prima Rosario en las calles de Amsterdam, entre Parras y Laredo.

Se llamaba Gerard, o eso le había dicho él al principio porque ella tuvo después muchas oportunidades de ver que su nombre verdadero era Gerardo. Nunca usaba el apellido de su padre, Martínez, sino el de su madre, Dubost. Gerard Dubost. Ese era el supuesto nombre del tipo que temía encontrarse en la estación.

La noche del mismo día en que lo conoció recibió una llamada de él. "¿Cómo diste con mi teléfono?", preguntó ella entre divertida y asombrada. "Toda mentira tiene siempre algo de verdad", le contestó él. Y esa frase, que en principio le pareció ingeniosa, se le convirtió en una pesadilla. La solución había sido relativamente fácil: por el aplomo con el que ella dijo el número y por la zona donde se habían despedido él marcó el mismo teléfono cambiando el último dígito hasta que dio con ella. Pero lo que no había sido tan fácil era descubrir cómo había averiguado tantas otras cosas sobre ella.

En unos cuantos meses la vida junto a Rosario le había empezado a parecer intolerable. La actitud de su prima le parecía siempre forzada, falsa. Le dio por hablar con voz tipluda cuando estaba frente a Jaime y por hacerse la buena esposa. Toda su vida Rosario había dicho que nada le caía más mal que pasarse el domingo viendo la tele y ahora se levantaba a preparar la botana para cuando el flojo de Jaime se despertara y se pusiera a ver el fútbol en pijama, sin bata, toqueteándose sus partes como si ella no existiera y tomándose no sé

cuantas cervezas. Claro que a las tres de la tarde Jaime ya [estaba medio borracho y sin hambre. Entonces él y Rosario se metían a la recámara y se ponían a hacer el amor con tales aspavientos que parecía que querían que los escuchara. Rosario gritaba de placer y gemía "más, más, quiero más" sin ningún pudor, como si fuera una cualquiera. Y mientras Estela se moría de hambre y sabía que no comerían sino hasta las cinco, después de que terminaran y él saliera con su cara de cerdo listo para cebarse.

A partir de que se conocieron en el cine debate empezó a encontrárselo en todos lados y en los lugares más insólitos. Un día lo vio en el restaurant vegetariano cerca de la Universidad mientras ella comía antes de ir a clase. "¿Me puedo sentar?", le preguntó tomándola por sorpresa. "Claro siéntate, aunque estoy a punto de irme porque tengo clase a las tres". Lo encontraba en los pasillos de la facultad. A veces conversaban un rato y luego ella inventaba un pretexto cualquiera para irse. Se lo llegó a encontrar en el súper y hasta en el banco. Una mañana durante clase de Latín IV tocaron la puerta del salón con tres golpes dobles, autoritarios y únicos. El maestro abrió entre desconcertado y molesto, como preguntándose quién diablos podría tocar con tal insolencia. Resultó que era Gerard con un ramo de rosas amarillas que anunció a voz en cuello eran para Estela, lo cual conmovió a sus compañeros que lanzaron una exhalación de gusto e hizo que al acabar la clase ella fuera objeto de todo tipo de bromas, incluidas las del maestro.

¿Por qué amarillas?, se había preguntado Estela, contenta de que no hubieran sido rojas. Recordó que él había dicho, hablando de corbatas, que el amarillo era el color de los exhibicionistas y, en voz más baja, también de la traición, había añadido, o del desprecio. ¿Había sido por eso?

Las flores la enternecieron y sus amigas le aconsejaron que aceptara ir a tomar un café con él, después de todo ya nadie te regala rosas, ni siquiera amarillas. Fueron a la zona rosa, al Konditori, donde él empezó por preguntarle sobre su signo astrológico. "Libra", dijo ella. ¿Libra?", inquirió él suspicaz. "Tu signo es la balanza que nunca está en el fiel. Todos los libra son desequilibrados de una forma u otra. Nietzsche era Libra por ejemplo, pueden ser geniales, pero siempre desequilibrados. Mira, quién lo dijera, tú que pareces tan sana". Y entonces la mirada tranquila y comprensiva de Gerard se tornó torva por primera vez sonrió, Estela se sintió un poco incómoda pero no le concedió importancia. Ella le habló sobre su relación con Rosario, lo a disgusto que estaba viviendo con ella, lo mal que le caía Jaime. Entre semana ya nunca comía en casa para evitar estar con ellos. Cómo se arrepintió de haberse abierto así con él.

Estela no podía concentrarse en su lectura así que decidió acostarse. Pero primero pasaría al baño que afortunadamente estaba dentro del camerino. A abrir vio que había una puerta que se comunicaba con el compartimento contiguo. Se asomó al pasillo. A parecer no había nadie en la alcoba de junto. Con cierto titubeo entró al W.C. Puso el seguro. Tuvo un presentimiento horrible; qué tal si abría la puerta del baño desde el otro gabinete o si entraba a su alcoba mientras ella estaba en el baño.

Jaló la cama tal como se lo había indicado el empleado y le puso el seguro a la puerta. Se quitó los zapatos y se recostó con la luz encendida. La siguiente vez que la invitó a salir fue por ella al salón de clase. Volvió a tocar los tres golpes dobles con la misma prepotencia, de

modo que todos en el salón se quedaron a la expectativa. "¿Podría hablar unos minutos con la señorita Estela?", vociferó Gerard cuando el maestro abrió la puerta. El salón entero se echó una carcajada al escuchar el desplante del tipo y la pobre de Estela, abochornadísima y muy molesta, salió a hablar con él bajo la mirada complaciente del maestro y la sonrisa cínica de Gerard. "Te prohibo que vuelvas a venir al salón por mí y que toques de esa forma tan grosera. Si quieres verme espérame a que salga de clases", dijo ella contundente. "Es que necesito hablar contigo". "Espérame después de clase", dijo y se volvió a meter cerrando la puerta. No se había acabado de sentar cuando volvieron a sonar los tres golpes dobles. El maestro hizo una mirada de Impaciencia y le señaló con los ojos que saliera. Estela abandonó el salón hecha una furia y caminó por el pasillo. "No quiero volverte a ver". "¿Por qué?" "Me estás haciendo quedar en ridículo." "¿Yoo? ¿Por qué?" "Cómo que porqué, por venir me a buscar y tocar la puerta de esa manera ridícula". "Te dije que necesitaba hablar contigo". "¿Qué quieres?" "Que me acompañes mañana a una fiesta". "No puedo". ¿Por qué? "Por qué, por qué, por qué, ¿Qué no sabes decir otra cosa?" "¿Por qué?", dijo él sonriéndole. "Te suplico por favor que no vuelvas a tocar así en el salón". "¿Vas a venir conmigo a la fiesta?" "De veras no puedo. Tengo que entregar la traducción de un fragmento sobre *La guerra de las Galias* el viernes." "Yo te ayudo". "No, gracias, voy a traducirlo con unas amigas". "Yo se los hago". Ella lo dudó. "Tal vez si me lo entregas mañana temprano, escrito a máquina...", le dijo. Le dio las indicaciones de lo que tenía que traducir y lo citó en el aeropuerto de la Facultad para evitar sus interrupciones y sus molestos toquidos.

Al día siguiente Gerard estaba recargado sobre el barandal del aeropuerto, vestido como siempre de negro, con camisa blanca y corbata negra, esperandola. Tan pronto la vio abrió su maletín y sacó un folder con la traducción que ella le había pedido. "¿No la habras copiado de alguna parte?", le dijo ella. "Cotéjala contra cualquiera de las versiones que conozcas", respondió Gerard. Sus amigas la animaron a que fuera con él, total, ¿qué podía perder?, además ya lo había puesto a traba jar en la traducción. Era lo justo.

Fue la fiesta más rara de toda su vida. Para evitar que él pasara por ella a casa de Rosario y se enterara de dónde vivía, Estela le pidió que la recogiera en casa de su amiga Valeria donde ella y otras dos compañeras estaban haciendo las traducciones de Julio César tomando como modelo la que supuestamente había hecho Gerard. La fiesta, en una casa del pueblo de Tlalpan muy grande y un tanto lúgubre, llena de muebles viejos y un poco desvencijados, no se llevó a cabo en la planta baja sino en una de las amplísimas estancias del segundo piso, en una especie de biblioteca-laboratorio donde se tocaba música clásica y la gente discutía y hablaba. No se distinguían los sexos pues todos iban de pantalones y los cabellos largos muchas veces eran de hombres y los cortos de mujeres. El dueño de la casa era un joven de nombre Leobardo y su "compañera", como la presentó él, era una rubia con el cabello muy peinado con laca y los labios rojo carmesí que parecía actriz de cine y que se veía rarísima entre los invitados donde el único que vestía de traje era Gerard. La gente estaba sentada en el piso o en los barandales de la terraza, que daba a un jardín desaliñado y oscuro, bebiendo y fumando en grupos pequeños. Había varias personas solas, ensimismadas. Ella se concentró viendo sus caras. Sabía que entre toda esa gente no había un par de ojos idénticos. Que los ojos pueden convertir se en una garra o en una mano tendida según la mirada. Pero si alguna vez la garra la prendía de los ojos le iba a resultar muy difícil librarse de ella. Unos cuantos invitados se juntaron y empezaron a hablar sobre

un tema que parecía ser lo que los unía: la realidad superior. Hablaban de eso como si se tratara de un lugar específico o de un estado que podría lograrse con sólo aspirar a él. Estela escuchó la conversación sin intervenir ni una sola vez, oyendo diversos argumentos, cómo se rebatía uno a otro que ésa no era la realidad superior, que ésa era una actitud revisionista o reaccionaria o ingenua o burguesa o nihilista o simplemente falsa. Estela no entendía por qué Gerard habría querido que ella estuviera allí con él, si entre esa gente era un elemento más discordante que la propia rubia que cuando menos se veía como una mujer de mundo. Cuando salieron de la fiesta, ella le preguntó un poco apenada, "¿Qué es la realidad superior?" "Es un estado del alma" le contestó él, "¿te gustaría entrar en ella?"

De regreso Gerard la llevó a casa de Valeria. Con el taxi esperando, Gerard la tomó del cuello y quiso darle un beso en la boca pero ella lo esquivó. "Lo quieras o no tú vas a ser mía algún día", le dijo él mientras ella se escabullía y se metía al edificio donde vivía Valeria.

Sin darse cuenta empezó a sufrir una serie de cambios en su persona. No es que Gerard le gustara pero había cedido a las presiones pues todo el mundo le recomendaba que lo tratara, que se veía un hombre mayor y maduro, que se notaba a leguas que la adoraba, que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por ella, que le diera una oportunidad. La primera en apoyarlo fue la propia Rosario. "Sal con él, ¿o vas a regresar a Veracruz a buscar un buen partido? Para cuando te decidas ya vas a ser una quedada. Sal, diviértete, no te encierres todo el día en tu cuarto". Empezó a aceptar sus invitaciones con cierta reserva. Había algo en él que le inspiraba desconfianza. La primera en darse cuenta de sus cambios fue la misma Rosario: "¿Te has dado cuenta de lo que te está pasando? Empezaste por dejar de pintarte las uñas. Luego dejaste de usar maquillaje. Me regalaste tus zapatos de tacón. Luego tus vestidos, a veces te pasas días con la misma ropa interior, y no es que te esté espiando sino que lo noto por la ropa sucia que sale, ya no usas más que jeans, tu cabello está siempre sin lavar, con esa pinchurriente colita de caballo, ¿pues qué te ha pasado? Y para colmo con esos zapatotes como de obrero que no te favorecen nada".

Estela no tenía sueño pero no se podía concentrar. Dejó su libro, se cepilló los dientes en el lavamanos de la alcoba y apagó la luz del compartimento. . Dejó la cortina abierta y miró hacia la noche. Jaime y Rosario se fueron un fin de semana a Acapulco. La invitaban a ir con ellos pero ella prefirió quedarse sola en el departamento. Sería mucho más placentero estar en la ciudad sin ellos dos, sin sus arrumacos y vulgaridades, que en el más bello lugar del mundo.

Estaba viendo la tele ese sábado cuando sintió hambre. Eran cerca de las once de la noche. Se dirigió a la cocina. Se puso un delantal y empezó a preparar unos huevos con frijoles. "Estoy paralizada de felicidad", oyó que decía la actriz de la película en la televisión cuando tocaron tres veces la puerta. Se rió de sí misma y pensó que lo había imaginado. No hizo caso y siguió preparando sus huevos cuando volvió a oír el toquido triple. Dejó las cosas en el fuego, se limpió las manos con un trapo y se asomó por la mirilla. Era Gerard. "Qué quieres", dijo ella sin abrir la puerta. "Hablar contigo". "Ya es muy tarde, Jaime y Rosario ya están dormidos. Mejor hálbame mañana". "No mientas, Jaime y Rosario están en Acapulco. Abreme, que necesito hablar contigo". Ella hizo un mohín de desprecio. "No, no puedo, vete porque se va a despertar Jaime y vas a tener problemas". Sintió olor a

quemado. ¡Los huevos! Corrió hacia la cocina, apagó la flama, cogió la sartén, se quemó, "chin", dijo y la dejó caer, tomó un trapo, recogió la sartén y tiró los huevos quemados a la basura. Cuando salió de la cocina Gerard ya estaba adentro, recargado en la puerta, con los brazos cruzados. Ella ahogó un grito y preguntó: "¿Cómo entraste?" "Tú me abriste". "¡Mientes!" "A los mentirosos se les responde con mentiras, ven siéntate, vamos a platicar", dijo Gerard revisando la sala. Abrió la gaveta de un mueble, sacó una botella y un vaso, se sirvió y se acomodó en un sillón. "Qué quieres, dijo ella molesta, cómo hiciste para averiguar dónde vivía". "Investigando...", respondió él. ¿Qué se te ofrece? " ¿Te acuerdas que el otro día te pregunté si querías entrar a la realidad superior? Pues bien... he venido a darte acceso a ella". "¿Cómo?", preguntó Estela. "¿No te imaginas?"

En ese momento ella observó su rostro. La supuesta paz como de cura que siempre reflejaba se había transformado. Notó un rictus de crueldad en su boca. Gerard se quitó los lentes de arillo y empezó a limpiarlos con su pañuelo blanco mientras esbozaba una sonrisa. Estela le vio los ojos y percibió una luz de maldad.

"No, no me imagino", respondió Estela. Gerard bebió lo que se había servido de un solo trago. Se puso de pie. Cogió uno de los adornos de la mesa de centro. Lo observó con detenimiento. "¿Lladró?", preguntó "Creo que sí", contestó Estela, "un regalo de bodas de Rosario y Jaime". "Pues ésta es una manera de entrar en la realidad superior", aclaró y descabezó el figurín golpeándolo violentamente contra la mesa. "Este joven estilizado", comentó mirando la estatuilla con lástima, acaba de entrar en ella". "¡Lárgate de aquí en este instante o empiezo a gritar!", dijo ella. "Grita", le contestó él calmadamente. "Nadie va a venir en tu ayuda. Todo el mundo está cerrado con tres llaves para defender sus garras y su basura sin ningún interés de meterse en lo que no les importa. ¿O irías tú a ayudar a alguien de otro departamento si oyeras que grita en la noche? Así que más vale que te tranquilices y hagas lo que yo te diga". Sin tomarse la molestia de servirse bebió a pico de botella. "Ven, acércate", le dijo mientras se desabrochaba el chaleco. Ella aprovechó que Gerard estaba en el extremo de la sala para irse acercando a la puerta. Cuando estuvo cerca abrió y se echó a correr, salió a la calle y corrió hasta llegar a Insurgentes. Cuando se detuvo se dio cuenta de lo que había hecho: había dejado a Gerard solo en la casa de Jaime y de Rosario. Estaba sin bolsa, sin dinero, con el ridículo delantal que se había puesto para cocinar. Se dirigió a casa de Valerla a pie. Lloviznaba. Qué tristes son las noches en esta ciudad, pensó mientras caminaba muerta de pánico y de frío entre las luces de los automóviles.

La mañana del domingo encontraron el departamento cerrado. Tocarón. Nadie contestó. Iba con Valeria y con su hermano. Fueron por un cerrajero y luego que abrió vieron que todo estaba en orden salvo la figurita de Lladró que no encontraron por ningún lado. No había nada más roto, no se había robado nada. De todos modos no quiso quedarse a dormir ahí el domingo. Y cuando Valeria le sugirió que cambiaran la chapa, a Estela le pareció demasiado complicado explicarle a Rosario lo que había sucedido, quién sabe si le iba a creer y además las relaciones no eran muy buenas como para complicar más el asunto.

Rosario y Jaime no se enteraron de lo ocurrido durante su ausencia y al parecer no se dieron cuenta de que había desaparecido su figurín de Lladró. Algunos días después Estela encontró la figura dentro del cajón de la cómoda donde guardaba su ropa interior, intacta.

Alguien la había puesto ahí recientemente, cuándo no sabía. Pensó que Gerard la habría reparado pero no encontró ni cuarteaduras ni huella alguna de pegamento. Tocándola con repulsión ella misma se encargó de colocarla de nuevo en la mesa de centro. A partir de entonces Estela sentía que Gerard la espiaba y la seguía en todo momento.

Un viernes Jaime y Rosario la invitaron al cine Linterna Mágica. Estaban concentrados en la película cuando Estela escuchó la voz de Gerard. "Frente a mí está la mujer más bella de la tierra, la que va a ser mi esposa", dijo en voz alta. ¡Shhht! empezó a callarlo la gente pero él continuó. "Sí, Estela, eres tú, no finjas, voltea que aquí estoy". "¿Quién es ese tipo? ¿Lo conoces?", preguntó Jaime en voz baja. "Sí, pero no sé porque me habla así", dijo ella angustiada. Jaime se volvió. "Deja de molestar por favor", le dijo. "Aquí el futbolero cree que me va a dar órdenes", contestó el otro como si estuviera hablando con el público entero. La gente empezó a callarlos. "Tranquilízate o te parto la madre", amenazó Jaime. "Uuy qué miedo, mira cómo tiemblo". "¡Vamos pa fuera!", le gritó Jaime. "¡Vamos!", respondió Gerard poniéndose de pie. Pero en ese momento intervino Rosario y no permitió que Jaime se moviera de su butaca. Gerard permaneció detrás de ellos, haciendo comentarios sobre la película en voz alta, comentarios dirigidos a Estela que le daban miedo. Cuando se acabó la película, Gerard ya había abandonado el cine. "¿Ya ves lo que propicias por andar provocando?", le reclamó Rosario a Estela cuando salieron.

Así que a veces cuando iba con otras personas lo veía en el mismo teatro o en el concierto. Ya no se le acercaba ni le hablaba. Se limitaba a mirarla y a seguirla. Por lo mismo, Estela evitaba ahora a toda costa salir sola y siempre pedía que alguien pasara por ella o la fuera a dejar.

Pero su decisión de abandonar la ciudad de México se dio el día que al llegar de la Universidad Rosario la recibió irónicamente con la palabra ¡sorpresa! y le mostró un cuadro al óleo que habían enviado al departamento en el que Estela aparecía desnuda, su cuerpo estilizado como el del figurín de Lladró, estática y con varias telarañas pegadas al cuerpo, en una calle solitaria y vacía semiluminada por un farol de luz mortecina. A fondo se veía la casa de Tlalpan y abajo había un letrero que decía "La realidad superior". Cuando Estela lo vio se echó a llorar y sufrió un ataque de histeria que Rosario no pudo controlar sino hasta que le dio una bofetada. "Tira ese cuadro, tíralo por favor", le pidió Estela, "no quiero volver a verlo".

La locomotora ilumina el camino con su potente faro. Estela, acostada en uno de los compartimentos del último vagón, sola, con la luz apagada y la cortina abierta, alcanza a ver cómo el ferrocarril toma una curva. Rodean un lago y ve el agua con algunas luces en la orilla. Ve la máquina abriéndose paso en la oscuridad y recorre con la vista cada uno de los vagones con sus pocas ventanillas iluminadas. Ella va a la zaga y observa el camino como si estuviera dentro de un ataúd. Todo el espacio del compartimento ha sido invadido por la cama. Ella va tendida, cuan larga es, como en una caja dentro de esa otra caja rodante que es el vagón. Dormita e imagina que el tren viaja eternamente cuando oye tres golpes dobles.

Facilitado por la [Universidad Nacional Autónoma de México](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



editorial del cardo